



IX.

JORNADAS DE CERDEÑA Y DE SICILIA.

1717-1718.

El cardenal Alberoni director de la política de España. — Concibe planes grandiosos. — Dispone con profundo sigilo armada y ejército. — Apodéranse éstos brevemente de la isla de Cerdeña. — Asombro en Europa al extenderse la noticia. — Reclamaciones, embajadas, amenazas. — Se prepara expedición más importante que la primera. — Sale de Barcelona. — Su composición. — Desembarca en Sicilia. — Constitúyese la cuádruple alianza. — Intimaciones á España con el fin de que se adhiera al tratado. — Entra en el Mediterráneo escuadra inglesa. — Instrucciones aparentes y reales de su Almirante. — Fingese mediador. — Indecisión de los jefes de la armada española. — La sacan del Faro de Mesina.



Poco duran las bienandanzas de este mundo. El afán de la reina Ana de Inglaterra, como el del gran Luis XIV para imponer los tratados de Utrech, no les preservaron de pagar tributo á la Naturaleza, dejando aquélla el solio á Jorge de Hannover, y éste á su biznieto de cinco años Luis, que vino á caer en tutela del duque de Orleans. En España reemplazó á la dulce María Luisa, madre del pueblo, égida de la nación en momentos supremos de peligro y angustia, una reina espetada, dominante, egoísta, y por su influjo cargó el peso de los negocios de Estado, á tiempo en que por doquiera se advertía intranquilidad y desasosiego, sobre un extranjero advenedizo, no por decreto que le nombrara Ministro, sino por dejación con permisiones de serlo.

Julio Alberoni, compatriota de Isabel, simple agente de Parma en la corte, que supo hacerse dueño de la confianza



de los soberanos, era hombre de instrucción, de talento y travesura, con miras ambiciosas que tanto más parecían subirse á las nubes, recordando el humildísimo porte del hortelano á quien debía la existencia. No tardó en pasar de abad á conde y á cardenal, tejiendo intrigas que embrollaron las relaciones exteriores. Soñó con hacer á Italia independiente y á España poderosa, y empezó halagando y favoreciendo á las naciones á que más rudos contratiempos procuraba en la imaginación, sin descuidar, por supuesto, á su persona.

Si se ha de dar crédito al contemporáneo P. Belando, ejerció influencia poco honrosa en las concesiones hechas á la Gran Bretaña, modificando, sin ninguna necesidad, los tratados de comercio y de asiento de negros ¹, con cláusulas que les abrían los puertos y las salinas de las Indias, arruinando al comercio nacional ².

El Emperador suministró el motivo aparente de acción ordenando la entrada de sus tropas en territorio de Génova y tratando públicamente de permutar con el duque de Saboya la isla de Cerdeña por la de Sicilia, haciendo compensación de territorios en Lombardía, con lo cual no solamente rompía la neutralidad en Italia, sino que afectaba al decantado equilibrio europeo de los tratados. Halló, no obstante,

¹ *Tratado explanatorio de los de paz y comercio ajustados entre España é Inglaterra en el año de 1713, concluido en Madrid en 11 de Diciembre de 1715.— Tratado declaratorio de algunos artículos del Asiento de negros que se pactó el 26 de Marzo de 1713 con Inglaterra, concluido en Madrid el 26 de Mayo de 1716.*— Cantillo, *Colección de Tratados*.

² «Juntado frívolos pretextos, dice el P. Belando, se prometieron el logro con nuevo tratado, y para conseguirlo se valieron de Julio Alberoni, dándole cien mil libras esterlinas para que lo facilitara, y que obtuviera el consentimiento del Rey Católico. Liberalmente Alberoni trocó la confianza por el interés, de suerte que no cerró los oídos á la propuesta; no apartó los ojos del dinero, ni retiró la mano por no recibirlo, y así, de pies y cabeza se metió en el empeño; y como forastero en el reino de España, no sabiendo intrínsecamente lo que los ingleses pedían, les franqueó su deseo. Y si tal vez llegó á saberlo, más fuerza tuvo el dinero que le dieron que no la equidad y la justicia en aquello que alargaba de la corona.... Todo esto es tan constante, que no hay necesidad de probarlo; y aunque se dijo que este agente italiano dió noticia al Rey de que le hacían un regalo, jamás la acción puede ser laudable, ni servir de ejemplar, como algunos lo han querido apoyar, pues en ella hay agravio de tercero.» *Historia civil de España*, parte IV, capítulo XIII.



medios persuasivos para que Inglaterra, Francia y Holanda se pusieran de su lado, por antipatía y recelo de España, que tanto suelen pesar en política los prejuicios y la estimación de las personas gobernantes. Con esta seguridad, dejada á un lado la circunspección, mandó detener y registrar al inquisidor general D. José Molinés, que, en viaje de Roma á Madrid, atravesaba por Milán con pasaporte del Pontífice, acto escandaloso á que se estimó en España que la dignidad debía responder con energía.

Por consecuencia, y con arreglo al plan preconcebido, circularon órdenes de la corte, en virtud de las cuales, con celeridad nunca vista y reserva impenetrable, partió de Barcelona expedición compuesta con escuadra de nueve navíos de línea, seis fragatas, dos bajeles de fuego, dos bombardas y tres galeras, que escoltaba convoy de 80 velas conduciendo 9.000 infantes, 600 caballos, tren de artillería de sitio y de campaña, parque de ingenieros, tiendas, repuestos y víveres ¹.

Escuadra y trasportes se partieron en dos divisiones, gobernando la primera, con insignia de vicealmirante, el marqués de Mari; la segunda, con la de jefe de escuadra, don Baltasar de Guevara, y las galeras, con este mismo grado,

¹ El P. Belando, parte II, cap. xxxiv de su *Historia civil*, especifica las embarcaciones y detalla los objetos embarcados al narrar con extensión la campaña, que tuvo especial historiador en D. Jaime Miguel de Guzmán, marqués de la Mina, duque de la Palata, en las inapreciables *Memorias militares y políticas sobre la guerra de Cerdeña y Sicilia en los años 1717, 1718, 1719 y 1720*.

Repetidas veces haré mención de esta obra que he tenido á la vista como de testigo especial, y que, bastante después de escrito este tomo, salió á luz con título de

Memorias militares de D. Jaime Miguel Guzmán Dávalos Spinola, marqués de la Mina, duque de Palata, conde de Pezuela de las Torres, Grande de España de primera clase, caballero del Toisón y de Sancti Spiritus, San Jénaro y Calatrava, Capitán general de los ejércitos de S. M., Director general del Cuerpo de Dragones, etc., etc., etcétera, sobre la guerra de Cerdeña y Sicilia en los años de 1717 á 1720 y guerra de Lombardía en los de 1734 á 1736. Publicadas á expensas del teniente general Excelentísimo Sr. D. Eduardo Fernández San Román, marqués de San Román. Precedidas de una introducción y de la biografía del autor por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo y de un informe del Excmo. Sr. D. José Gómez de Arteche. Ilustradas con retratos, mapas, planos y estados demostrativos. Madrid. Imprenta de Fortanet, 1898. Dos tomos 4.º mayor.



D. Francisco Grimáu ¹. El ejército iba á las órdenes de don Juan Francisco de Bette, marqués de Lede, Teniente general, caballero del Toisón de oro, de la primera nobleza de Flandes.

Al dar la vela las naves se envió nota circular á los Representantes de España en el extranjero, especie de manifiesto en que, haciendo paralelo de los actos de D. Carlos de Austria con los de D. Felipe, se declaraba, como una vez violada la neutralidad en Italia, quedaba el Rey en libertad de proseguir la guerra, no habiendo llegado á tener paz con el Emperador. El anuncio sorprendió grandemente y puso en cuidado á las grandes potencias, porque no siendo misterio que se hacían armamentos en Cádiz y se reunían batallones en Barcelona, hasta última hora propaló Alberoni que los primeros tenían destino en Levante en auxilio de las armas cristianas contra los turcos, como se había practicado el año anterior y ofrecido al papa Clemente XI, y los segundos iban á relevar la guarnición de Mallorca. Los jefes mismos de las escuadras ignoraban qué comisión iban á desempeñar, recibidos los despachos é instrucciones en pliegos que habían de abrirse en alta mar ², y que por extremo de suspicacia perjudicaron al éxito de la jornada.

Salió la primera división con el marqués de Mari el 22 de

¹ Á este jefe, capitán de la galera patrona, preso en el alzamiento del conde de Santa Cruz de los Manueles, se deben algunas otras noticias de la jornada, consignadas en el *Diario del viaje que las galeras Patrona, San Felipe y San Jenaro efectúan en corso. Año 1717.*—Colección Vargas Ponce. Leg. xxxi.

² Fijo es que nadie más que los Reyes, el duque de Populi y el P. Daubenton sabían el destino.—*El marqués de San Felipe.*

Causó admiración el secreto con que se ejecutó la empresa: no lo sabían los mismos oficiales.—*El P. Belando.*

Fué expedición preparada con impenetrable secreto y suma habilidad de Alberoni.—*W. Cox.*

Se hizo todo con tal arte y disimulo, que, ignorándolo los mismos que nos habíamos de embarcar, es fácil de inferir que se le escondió á los enemigos hasta la sospecha.—*El marqués de la Mina.*

Pocas veces se ha visto emplear un disimulo más profundo y una destreza mejor combinada.—*Lafuente.*

La *Gaceta de Madrid* publicó en el mes de Junio noticia falsa de marchar para Levante una escuadra de nueve navíos de línea, dos de fuego, tres fragatas, un hospital y un almacén, al mando de D. Baltasar de Guevara.



Julio, y con 51 velas hizo rumbo desde Barcelona á las islas Baleares, entre las que le detuvieron las calmas propias de la estación; le obligaron á hacer arribada en Alcudia para reponer la aguada, y perdió muchos días, tardando 29 en llegar al golfo de Caller (*Cagliari*), en la isla de Cerdeña, que era el determinado.

Don Baltasar de Guevara partió de Barcelona el 31, y no habiendo en su instrucción otras prevenciones que las de dirigirse igualmente á Caller, donde recibiría nuevas órdenes, navegó por la costa con vientos favorables que le consintieron hacer travesía más rápida. El 9 de Agosto fondeó en cabo Pulla, y hubo de esperar, confuso, hasta el 20 de la aparición del marqués de Mari con perjuicio considerable, porque la vista de las primeras velas dió aviso á los isleños de la invasión y tuvieron once días disponibles para enmendar la imprevisión en que vivían, mejorando las defensas de su capital, proveyéndose de viveres y efectos y levantando las milicias del País. Por resultado fué preciso establecer sitio en regla contra la plaza, que en toda probabilidad hubiera hecho muy ligera resistencia á llegar juntas y de improviso las escuadras.

Se verificó el desembarco del ejército bajo la protección de la artillería de las galeras y fragatas, sin perder un hombre, haciendo seguidamente el del material con rapidez que permitió abrir la trinchera el 13 de Septiembre, situando dos baterías de 26 y de 14 cañones de calibre de á 24 y otra de ocho morteros que causaban notable ruina.

Con cuánta razón podía decirse que allí proseguía la guerra de *blancos* y *azules* de la Península, indican los nombres de los defensores. Era Virrey de la isla por el Emperador, don Antonio Rubí de Buxadós, marqués de Rubí, caballero catalán, el mismo que tuvo semejante oficio en Mallorca; Gobernador de la plaza, el coronel D. Jaime Carreras, catalán asimismo; catalanes los artilleros y en mezcla con aragoneses y valencianos la guarnición, compuesta con los prisioneros hechos por el Archiduque en la batalla de Zaragoza. Hasta el General de las galeras de Nápoles, que procuró ayu-



darlos cuanto pudo, el conde de Foncalada, español era, de los adictos á la casa de Austria, sólo que lo hecho fué poco por la diferencia de sus embarcaciones con las de la invasión. Se limitó á echar en la costa un batallón de 500 alemanes, que tuvo que capitular y rendirse en seguida, y habiendo sido capturada una nave inglesa que trató de introducir morteros, bombas, pólvora y refuerzo de artilleros, se redujeron los intentos de socorro á enviar partidas sueltas de soldados en falucas desde Génova á Córcega y pasarlas de noche en chalupas por las Bocas de Bonifacio, y aun así no entraron en la isla más de 300 hombres, acogidos en las plazas del Norte.

Estrechada la de Cagliari, salió de ella el Virrey de noche con la mala fortuna de dejarse sorprender por un destacamento de dragones, del que á duras penas escapó solo en traje de dormir, mientras quedaban prisioneros casi todos sus acompañantes, entre ellos el General de las galeras de Sicilia, D. Pedro Franciforte, conde de San Antonio.

Sirvió el contratiempo de señal á la sumisión general, á que ayudaba la división de los naturales, entre los que no pocas raíces había dejado la dominación de España. Cagliari capituló el 2 de Octubre. Alger (*Alghero*), en la parte opuesta de la isla, adonde se dirigió el ejército, caminando por el interior unas 50 leguas, mientras la escuadra recorría el litoral, cedió á la intimación sin llegar á formalizarse el ataque, y lo mismo hicieron Sacer (*Sassari*) y el Castillo Aragonés (*Castel Aragonese*), fortísima posición enriscada, con lo que en menos de tres meses estuvo sojuzgado el reino con pérdida de 500 hombres, «que más fueron estrago del clima que sacrificio del fuego»¹. El 23 de Noviembre se hallaban de vuelta en Barcelona naves y soldados, excepción hecha de los que quedaron de guarnición con el general D. José de Armendáriz.

Sin la desacertada navegación del marqués de Mari, que retardó dos meses por lo menos este resultado, suelta la rienda de las ideas de Alberoni, impresionara doblemente á

¹ El marqués de la Mina.



Europa la invasión en Nápoles ó en Sicilia, que, como segunda parte, estaba calculada y dispuesta para el mismo periodo, y quizá sorprendiera al Emperador el destino igual de las islas que consideró materia de permuta ¹.

Poca cosa significara la conquista de Cerdeña por sí sola si en el hecho no se advirtiera con asombro que á pesar de una guerra tan larga, sostenida en el propio territorio, desplegaba España energía y recursos alarmantes para las potencias que, según expresión de William Coxe, no podían explicarse por qué especie de milagro, amenazada de disolución, al parecer inevitable, recobraba tan pronto influencia.

Inglaterra, á la que ni la resurrección ni la posibilidad de que volviera á ser potencia marítima cuadraban, atajó sus pasos con reclamaciones en que sostenía deber considerarse la empresa de Cerdeña infracción de la neutralidad establecida en Italia, de que ella era garante. La discusión de la materia, así como las complicaciones que se derivaron, no son de este lugar ². Lo que desde el principio enseñaba era que el rey Jorge de Hannover, independientemente del sentimiento común á la Gran Bretaña, como alemán estaba resuelto á favorecer los intereses del Emperador contra los de España, debilitando más y más á ésta, para lo que había movido á Francia y consiguió mover como satélite á Holanda, llegando á constituir lo que se llamó cuádruple alianza, dándose el caso de que una de las partes rompiera los vínculos de la sangre y las tradiciones de casa y relación, no sin extrañeza de los súbditos ³.

Enviados extraordinarios de Inglaterra y Francia insinuaron en Madrid la suspensión de preparativos como necesidad para evitar un rompimiento; hicieron proposiciones en aras de la paz, asegurando á España el reconocimiento del Em-

¹ Se quería hacer cargo al marqués Esteban Mari (dice el de San Felipe en sus comentarios), pero se halló haber sido sin su culpa, y alegó que no era dueño de los mares ni de los vientos.

² Trátalas con amplitud el referido P. Belando. Partes 2.^a y 4.^a de su obra.

³ «Á un gouvernement corrompu et corrupteur il fallait la paix dùt-il l'acheter au prix de l'honneur.»—Mr. León Guérin, *Histoire de la Marine*.



perador, previa renuncia de sus pretensiones á la corona, y el del derecho eventual á los ducados de Parma y Toscana de los hijos de D. Felipe y D.^a Isabel, extendiéndose á ofrecer, si bien de una manera vaga, la devolución de Gibraltar y de Menorca, siempre que se conviniera en la cesión del reino de Sicilia á Carlos de Austria y del de Cerdeña al duque de Saboya en compensación.

Rechazadas como irrisorias y humillantes las notas, sin que intimidara á Alberoni el anuncio de entrar en el Mediterraneo escuadra inglesa de fuerza, circuló las órdenes de marcha á la que con tanto sigilo y presteza como la anterior se estaba reuniendo en los puertos, saliendo del de Barcelona el 19 de Junio de 1718, 12 navíos de línea, dos de fuego, dos bombardas, 17 fragatas y siete galeras, ó sea 40 bajeles de guerra, convoyando á 276 naves de transporte y á 123 tartanas, en total general 439 velas, llevando el de 36.000 hombres, 8.000 caballos y correspondientes accesorios, armada comparable en los números con las mayores que echaron á la mar el emperador Carlos V y su hijo Felipe II, mas no en las condiciones, que con haberse dispuesto en brevisimo espacio de tiempo iba bastecida de forma que no faltara la menudencia más despreciable en cualquiera de las contingencias de guerra ó mar.

Nadie sabía adónde iba, como en la otra vez, descaminándose con el secreto las conjeturas al punto de admitir los más avisados que, obrando á una las miras de la casa de Borbón, estaban abocados á la reconquista y distribución de los estados de Italia, ni más ni menos que en los tiempos del Gran Capitán, faltándoles sólo averiguar si empezarian por Milán ó por Nápoles ¹. La apertura del primer pliego no deshizo las hipótesis, limitadas como estaban las instrucciones á fondear en Caller ó Cagliari y tomar á bordo más soldados. Verificáronlo el 25 al 27, día en que, puestos de nuevo á la vela, salieron de duda. La orden segunda prevenía hacer rumbo directo á Palermo.

¹ El marqués de la Mina.



Fáltame sentar que gobernaba la armada D. Antonio de Gastañeta, como jefe de escuadra más antiguo de los embarcados; que el ejército obedecía, lo mismo que en la jornada primitiva, al marqués de Ledesma, y que en calidad de plenipotenciario les acompañaba el intendente general de Marina D. José Patiño, siendo prevención hecha á los generales de mar y tierra la de no decidir nada sin el dictamen de este jefe superior, y en caso de discordia entre los dos, seguir el suyo ¹. De modo que D. José Patiño era el espíritu de las resoluciones ².

El 30 del mismo mes de Junio contemplaron los vecinos de Palermo, el conde de Maffei, lugarteniente del duque de Saboya entre ellos, el bello espectáculo de la flota inmensa desfilando ante la ciudad en compactas filas. El siguiente día desembarcaban con viveza en la cala de Solanto ³, á 12 millas italianas de distancia, infantería y caballos, apareciendo formado el ejército por primera noticia en la isla de tener tales huéspedes. Allí los terceros pliegos reservados aclararon completamente el misterio; en ellos se contenía el título de Virrey de Sicilia extendido á favor del marqués de Ledesma, con las prevenciones conducentes á hacerlo efectivo.

Enterados de la novedad los sicilianos, recibieron á los invasores con desmesurado afecto. Indague las causas aquel á quien interesen; aquí no importa indicar más que el efecto, tan rápido y general en la presión del vecindario, que el referido conde de Maffei evacuó la ciudad el día 3, dejando en el castillo guarnición que muy poco tardó en someterse. Con ello entró la escuadra en el puerto, donde se hizo cargo de un navío de 64 cañones recientemente construído, que no había hecho todavía sus pruebas en la mar. El jefe de escuadra D. Fernando Chacón partió con 100 naves de transporte y escolta de cuatro navíos á embarcar segundo cuerpo de tropas, que desembarcó de vuelta antes de acabar el mes, y mucho antes, el 18 del mismo Julio, se apareció un convoy

¹ El marqués de San Felipe.

² El marqués de la Mina.

³ Salento en variante.



de 70 velas, procedente de Cádiz y protegido por el navio *Santa Rosa*, de 64 cañones, llevando complemento de viveres y pertrechos. Nótese por la rapidez y felicidad de los viajes cuán cierta resulta la superioridad de la armada en comparación con las de los siglos pasados.

Tampoco dejaron los jefes que pasara el tiempo sin abrir la campaña por tierra y mar, encaminando la marcha simultánea hacia Mesina con relativa felicidad, porque á los soldados acogían los pueblos con júbilo, y á los bajeles se anticipaban embarcaciones con prácticos y avisos de buena voluntad, sin exceptuar la ciudad del Faro, la de obstinada y famosa rebelión que prodigó la sangre en la guerra de Francia ¹.

Seguía en tanto el rey de Inglaterra representando el papel de mediador sin interés alguno, á título simple de amigo de la paz, «no procurando engrandecerse con alguna nueva conquista, antes bien inclinado á sacrificar lo suyo propio para procurar el reposo y tranquilidad pública» ², asegurando de palabra su secretario lord Stanhope, venido expresamente á Madrid y al Real Sitio de El Escorial con objeto de insistir en la adhesión de España al tratado de la cuádruple alianza, y repetir que si otro obstáculo para ello no se ofreciera más que la restitución de Gibraltar y de Menorca, no dejaría por ello de asegurarse la negociación, y abriría la habiendo ya necesidad de ordenar suspensión de armas en Sicilia, como pronto ha de verse.

En apoyo de las gestiones dió cuenta de haber entrado en el Mediterráneo una escuadra de 20 navíos de línea mandada por el almirante Jorge Byngs, llevando la cortesía al punto de presentar lista de los nombres y fuerza de los bajeles, así como también copia de las instrucciones comunicadas al dicho Almirante, ordenándole, en esencia, contribuir al arreglo de las diferencias existentes entre las Majestades Católica é

¹ Véase Vincenzo Migliaccio, *Vera e distinta Relazione de' progressi dell'armi spagnuole in Messina*. Messina, 1718.

² Frase de una de las notas del secretario de Estado Mr. Craggs. Las que entonces se cambiaron pueden verse en la obra del P. Belando.



imperial, y en caso de que no fuera aceptada la mediación, defender los estados de la casa de Austria contra cualquiera hostilidad, en cumplimiento del empeño que S. M. británica había contraído en diversos tratados ¹.

El cardenal Alberoni, con firmeza que rayaba en insolencia, al decir de los escritores ingleses ², devolvió el documento, respondiendo secamente que el Almirante podía cumplir las órdenes recibidas ³, esto, en la estimación, quizá, de que no habiendo de intentar la armada española acto ninguno contrario á la Casa de Austria, toda vez que ésta no estaba en posesión de Sicilia, no llegaría el caso de rompimiento, antes del cual tendría que considerar Inglaterra el alcance de la resolución de suspender los efectos de los tratados de comercio en Indias, con que había respondido á las notas y el efecto de las perturbaciones que preparaba en Suecia, en Rusia, en Escocia, en Francia con su política reservada, suposición más verosímil que la admitida de que la presunción vanidosa le hiciera creerse en disposición de hacer frente á la Alianza ⁴.

Acabaron las negociaciones, declarando el lord Stanhope al marchar, que si en el espacio de tres meses S. M. emprendía cualquiera agresión, la impedirían las potencias contratantes con la fuerza, y que la invasión de Sicilia se entendería directamente opuesta á estas disposiciones, siendo de observar que hacia la manifestación á mediados del mes de Agosto, cuando se habían desarrollado acontecimientos con que demostrar su mala fe.

En efecto: antes de acabar Julio, como antes queda escrito, atacaron á Mesina los expedicionarios españoles, te-

¹ Las instrucciones, escribe Mr. Laird Clowes (*The Royal Navy*, t. III, pág. 30), «no eran tan explícitas como pudiera desearse, pero, según parece, fueron explanadas en conferencias con los lores Sunderland y Stanhope y con el secretario Craggs».

² Campbell. — Coxe.

³ Don Modesto Lafuente (*Historia general de España*) transcribió el billete en estos términos: «Su Majestad Católica me manda deciros que el caballero Byngs puede ejecutar las órdenes que ha recibido del Rey su amo. — De El Escorial á 15 de Julio. — Alberoni.»

⁴ El marqués de San Felipe.



niendo que encerrarse en la ciudadela y en el castillo del Salvador la guarnición piamontesa, visto que el Senado y la ciudad en masa se pronunciaban contra ella. Los fuertes avanzados en los alrededores y alturas se fueron tomando sucesivamente, sin resistir seriamente más que los dos principales, cuyo asedio se empezó á disponer. La armada, á la expectativa, se situó próxima en Paraíso, tan desocupada que el 3 de Agosto destacó dos navíos y una fragata con el jefe de escuadra D. Baltasar de Guevara, para pedir en Malta la entrega de las galeras sicilianas, allí refugiadas desde el momento en que tuvieron aviso de la presencia de la expedición, determinación desaprobada de los prudentes, en concepto de que produciría desaire voluntariamente buscado, no debiendo presumirse que el Gran Maestre de la Religión vulnerara el derecho de asilo, y con él los rudimentos del de gentes, prestándose á una demanda á todas luces improcedente, como así fué.

El 8 arribó á Mesina una faluca de Lipari, con noticia de haberse descubierto el día anterior desde las islas á la escuadra inglesa, haciendo rumbo al Faro. Era novedad importante, que instó á la reunión, en Consejo de guerra, de los Generales. Los de Marina se manifestaron recelosos, entendiéndose debía evitarse el encuentro con los bajeles avistados, por ser muy superiores en calidad y en número y poner en salvo con tiempo á la armada. Más que todos esforzó el razonamiento de cautela el marqués de Mari, sosteniendo que, en ningún caso, la duda en que se hallaban de las intenciones de los ingleses debía ser motivo para comprometer, frente á fuerzas superiores, la armada del Rey, que tanto importaba conservar.

Parece que el jefe de escuadra Cammock, irlandés, que había servido anteriormente en la marina de Inglaterra y conocía bien, por tanto, sus procedimientos, propuso al Consejo acoderar á los navíos en la rada de Paraíso en que estaban, y reforzar la línea con baterías bien dispuestas en tierra, con lo que, teniendo en cuenta la violencia de las corrientes del Faro, en caso de venir en actitud hostil la es-



Don Antonio de Gastañeta.





cuadra de Byngs, no pudiendo mantenerse á la vela ni soltar las anclas, tendría necesariamente que abordar, y como en refriega de esta especie contaban con ventaja, rechazarían el ataque ó harían problemática y muy cara la victoria, en último extremo ¹.

Se discurrió mucho sobre las dos propuestas sensatas y que en nada afectaban al progreso de la campaña en tierra; pero el general Gastañeta y el plenipotenciario Patiño fueron de otro sentir, pues por las cartas que tenían del cardenal Alberoni juzgaban que aquella escuadra iba sólo como medianera y no como agresora, y que no rompería con el Rey el de la Gran Bretaña, sacrificando á sus fines particulares las ventajas del comercio con España ². Prevaleció, pues, el dictamen de la imprudente confianza, separándose el Consejo sin adoptar más resolución que la de ponerse á la vela, con objeto de incorporar á la división del general Guevara, destacada en Malta.

El almirante Byngs había estado con la escuadra primeramente en Nápoles conferenciando con el virrey austriaco, conde Daun, al que tranquilizó de los temores en que vivía de ver pasar el ejército español á tierra firme, y llegó á convenir en el transporte de un cuerpo de 3.000 alemanes á Rijoles (*Reggio*), frente á Mesina, que él escoltaría y escoltó con sus bajeles, después de lo cual se consideró en aptitud de ejecutar las órdenes de su Gobierno; no aquellas ostensibles mostradas á Alberoni por el Embajador de Madrid; las efectivas, francamente explanadas por el historiador Campbell, y que cualquiera podría creer inspiradas en antiguo adagio, de este modo interpretado por el Fénix de nuestros ingenios ³:

«Si te quisiere matar
Algún enemigo fiero,
Madruga y mata primero.»

Mandábasele romper sobre seguro y de forma que reca-

¹ Campbell.

² El marqués de la Mina.

³ Lope de Vega, *Doña Juana de Nápoles*, comedia.



yera la culpa y responsabilidad sobre los españoles, cosa bastante difícil, dice el mismo escritor, porque, en virtud del tratado de Utrech, tan invasores eran los alemanes como ellos, y la escolta dada á una invasión no era el medio mejor de demostrar respeto á la neutralidad. Pero el Almirante cumplió la misión hábilmente, continúa refiriendo Campbell, adoptando apariencias pacíficas en carta oficial que remitió al marqués de Lede pidiendo suspendiera las hostilidades por dos meses, seguro como estaba de la respuesta negativa.

La habilidad de Byngs consistió, en realidad, en adormecer á los que por tantas señales evidentes debieron sacudir el letargo de la confianza.